

MITO / HISTORIA Y OTRAS INTERVENCIONES

I. MITO / HISTORIA

Agustín García Calvo

Vamos a aprovechar este rato lo mejor que se pueda. Voy a sugerir pues a qué se refiere o toca eso de *mito*. La palabra es ya muy manida; se habla mucho, demasiado, de mito o de mitos. No se dice tal vez lo más elemental, que es que, entiéndase como se quiera, eso de *mito* tiene que aludir a algo de contra la Historia. *Mito*: si a algo eso alude es a una especie de contrahistoria. Todo el mundo sabe que lo primero que pasa con una situación mítica es que no hay tiempo contado. Allí no hay siglos. Los siglos pueden empezar a contar después de que Adán y Eva, por ejemplo, están ya espulsados del Paraíso y empieza la Historia; pero antes no hay siglos, ni hay semanas, por supuesto, que es la distinción fundamental de la Historia, ya que no en vano Jehová mismo la había designado como tal, al descansar de la obra, como todo el mundo sabe. Situación mítica, pues, es aquella que no es histórica. Por tanto, no es tampoco exacto decir que está antes de la Historia, que se pasa de una fase mítica y se pasa a una serie histórica, porque quien hace esto está de alguna manera colocando también esa fase mítica dentro de la Historia, en cuanto Prehistoria, es decir, condenándola al mismo tiempo histórico: diciendo que se coloca fuera de la Historia está, al decirlo, metiéndolo dentro de la Historia. De modo que, si se entiende bien, también puede aplicarse al término Prehistoria, al lenguaje también científico: tal como se trata, tal como la Ciencia la trata, la Prehistoria, que pretende estar antes del pasado histórico, de modo que antes de la Historia, que, como sabéis, empieza con la escritura, es decir, hace unos 10.000 años (muy poquita cosa, comparado con lo que la propia Ciencia nos dice de que debe hacer al menos unos 500.000 que había gente hablando por el mundo: casi nada), quien nos dice que la Prehistoria está antes de la Historia, al decirlo, está metiendo la Prehistoria en la Historia, está haciendo de la Prehistoria (de las eras geológicas, por ejemplo, de que a su vez parte la evolución biológica y demás), está haciendo una contradicción: al escluir, colocar delante, sometiendo.

Por tanto, la palabra *mito* aspira a ser algo bastante más radical que eso: aspira a entrever la posibilidad de una muerte del tiempo contado, de la muerte del tiempo histórico. En ese sentido os hablo del mito como una no ante-Historia, sino contra-Historia. Evidentemente, lo que pensáis es que eso de estar en una fase mítica o en la fase histórica determinadas porciones de la Humanidad se refiere a lo que ellos piensan, conciben, creen; pero esas supuestas imaginaciones o creencias, es decir, la condición de las ideas dominantes, son ya la Realidad, como trataré de sugerir ahora.

Al presentaros así a qué alude lo de *mito* y los mitos, os estoy, pues, de hecho, tratando de hablar en contra de toda la intención de la que, efectivamente, esta Casa misma está cargada: hablar contra la sumisión a la condición histórica, y por tanto al tiempo histórico.

Un ejemplo que puede servir para esto: es el mito de los años '60, por poner uno de los casos más recientes, una cosa de la que se puede decir que yo viví, ya mayorcito, pero después de la cual habéis nacido la mayor parte de los que estáis presentes. Bueno, pues el proceso que actualmente se realiza con lo que pasó en aquellos tiempos, respecto a los *hippies* en California en el año 65 y el levantamiento de los jóvenes en contra en la mayor parte del mundo desarrollado, todo eso que os suena, se quiere que os suene necesariamente como histórico, igual que Napoleón Bonaparte, igual que Tutankhamon: que se viva en el tiempo de los muertos. La operación que, ejemplarmente, la televisión practica todos los días convirtiendo la actualidad misma, inmediatamente, en Historia, en Historia Contemporánea del modo más estricto, es otro ejemplo. Se quiere que vivamos en épocas. Pero en las épocas viven Napoleón y Tutankhamon: por tanto, la condición misma que se quiere es que estemos muertos, y no en vano toda la Cultura, con la Televisión a la cabeza, a lo que se dedica es a la administración de muerte, como, sin duda, los más de vosotros sentís por debajo junto conmigo.

Hay una posibilidad de resistirse. Recordáis que en oposición a la Historia está efectivamente el recuerdo. La Historia es la muerte del recuerdo. Hay dos formas de memoria: hay una memoria que nos viene, sin control personal, desde debajo de nosotros, de no se sabe dónde, que nos arrastra y que nos hace vivir (a lo mejor - podría decir alguien un poco pesimista - no hay otra forma de vida más que ésta, el recuerdo), de vez en cuando también. De vez en cuando, vivir. Esto se refiere, como os está sonando seguramente, de una manera eximia a la cuestión de amor. Alguien podría decir: amor placentero, "fluido y puro", como decía el padre Lucrecio, eso es el recuerdo. En el hecho, el amor está condenado a contar las horas, los minutos de la cita, a hacer planes; en fin, al tiempo de la Historia. Pero luego, en cambio, de vez en cuando, viene el recuerdo de aquello que a lo mejor no se vivió de verdad, pero que justamente, al revivirlo, en el recuerdo, es cuando se vive. Es entonces cuando, de verdad, hay placer y hay amor, no en el tiempo real, es decir, histórico, de minutos y de ideales. Ésta que nos viene de abajo, y que no pasa por un control personal, es una: la otra es la memoria histórica, es decir, la del registro. El registro, la agenda, el calendario, los manuales de Historia con los siglos y con las eras. Ya veis que con sólo describirlo así se ve bien la contradicción: lo uno es la muerte de lo otro.

A ese propósito, pudiera sugeriros también algo que se refiere a ese terreno cotidiano, pero que no deja de asombrarnos, que es el sueño, el sueño con sus ensueños. A cualquiera se le ocurre que eso del mito y las no-épocas míticas y demás con respecto a la Humanidad, se parece mucho a lo que es el sueño y ensueños de cada noche o cada día con respecto a un individuo determinado. Sin ponerse demasiado cursi, exagerando, se podría decir "El mito es el ensueño de la humanidad histórica". Y naturalmente, cuando nosotros nos referimos a mitos, estamos haciendo lo que hace alguien que, al despertarse, después de despertarse, se pone a recordar, que ya es registrar, lo que había soñado; de forma que hace a su ensueño que sea lo que no era, lo que evidentemente no era, no podía ser, mientras estaba soñando. Lo mismo si se pone a escribirlo para pasarle unas notas a su psiquiatra, que si simplemente se lo cuenta a la familia, o hasta se lo rememora a sí mismo, tiene que ordenarlo temporalmente, poner una cosa detrás de otra con precisión. Generalmente, se procede del revés: se despierta uno, por ejemplo, de repente, como suele suceder al recordar ensueños, y recuerda precisamente lo que le parece inmediato, lo último; y entonces va deduciendo, como hacia atrás, qué es lo que había pasado antes, qué figuras había, por qué sitios estaba, cuáles eran las sensaciones, más o menos vagas.

Pero según hace esto, está ya disponiendo al ensueño para que se le pueda contar en su orden normal, es decir, desde el principio hasta el final, como evidentemente lo va a hacer después. Esto es lo que hacemos con los mitos cuando tratamos de evocarlos bajo el dominio de una época histórica: una recordación que es una historificación, un registro.

Y sólo, contra ello, disponemos de algunas técnicas: una de las cuales, por supuesto, era ésta que habéis estado oyendo, la de la poesía, la de la música y verso. Ésa es la principal vía por la cual, en contra de la condición de las ideas históricas, puedo intentar hacer resucitar, dentro de la sumisión a la Historia, hacer resucitar como por vislumbres, algo de aquello que estaba por debajo, innominado, sin fechas, sin cómputo. Y ésta debía ser, sin duda, la función, la función de rebeldía, de contra, con que la poesía nació, debió surgir (debió surgir, casi seguro, antes del pasado histórico, "en una época mítica", con la confusión y contradicción que esto parece indicar) y que penosamente pervive hasta nosotros, donde también la poesía ha sufrido el destino, junto a la carne, de venir a quedar registrada: el destino de toda carne, atestiguado, sobre todo, en las inscripciones sepulcrales, que se encargan, por excelencia, de la consagración de esto mismo: la reducción a un individuo, a numeritos: acordaos del dato en las lápidas, nombre propio y fechas, primera y última. A la poesía, en la medida que queda convertida en algo escrito, esencialmente escrito, por tanto histórico (la Historia empieza con la escritura), le toca el mismo destino. Aquello que podía haber de recordación viva, de reminiscencias de lo tal vez nunca vivido, eso queda convertido ya en registro escrito, por tanto sometido al dominio de la idea, al dominio de la Historia.

Creo que he sido un poco apresurado, pero creo que no por ello, en lo que pueda desarrollar, menos preciso. Como no va a haber tiempo de coloquio, si en alguna de las cosas que he dicho veis algo que se os escapa, o alguna contradicción, o algo por lo que tenéis más curiosidad, dentro de la prisa, podemos hacer un hueco, para intentar las aclaraciones que...

[*Alguien del público incide en cómo, sin escritura, la voz de un poeta cualquiera, por ejemplo la de Horacio, se nos habría perdido irremediablemente.*]

[AGC] — Se perdería, seguro. Además, Horacio ya *escribe*; Horacio es contemporáneo. Sí, sí, incluso las tal vez no escritas, digamos las de Safó y Alceo, o, más claro todavía, canciones populares que algún docto debió corregir ya.

[Público] — Yo no las hubiera podido leer o escuchar. Se hubieran perdido.

[AGC] — Bien, desde luego, en otra forma: se hubieran perdido, pero de otra forma. El ejemplo de esto lo da la tradición de la poesía oral. De la cual nosotros no tenemos más que una noticia indirecta, puesto que vivimos en plena Historia, pero los que vivieron antes, sí. Hasta comienzos de este siglo, por ejemplo, lo mismo en nuestros pueblos que entre los negros de Norteamérica, eso de la tradición oral era una cosa viva todavía, que funcionaba sin intermedio de la escritura. Los romances, las baladas, las canciones, pervivían, duraban siglos. Desde luego, tal vez no con tanta garantía de eternidad como la que da la escritura, pero esto es lo de menos; ahora, eso sí, sin ninguna garantía de fidelidad, que es para lo que está la escritura. En la tradición oral (porque esto se entienda rápidamente) no rige una distinción que es absoluta para nosotros, para nuestra Historia, la distinción entre 'creación' y 'ejecución': una cosa es el músico

compositor que fabrica una sonata y otra cosa es el pianista que la toca. Y además, sabemos que cada vez que una sonata se toca es la *misma* sonata. Y en Literatura, lo mismo. Esto es lo que no rige en una tradición oral: esa diferencia: en la tradición oral, la ejecución sucesiva es la creación. No hay posibilidad ninguna de fidelidad a la letra, eso es propio de la escritura. La pervivencia de un romance, de una balada, o de una canción, será una pervivencia con constante cambio, que llegará donde tenga que llegar.

Así que tienes razón: hay esa diferencia, tal vez no tan absoluta como decías.

[Público] — Yo quería hacer una observación: observación, que no pregunta. Por ejemplo, en la antigua civilización egipcia, que es una civilización que ya se da en la Historia, por lo que acaba Vd. de decir, hay una curiosa mezcla entre tradición literaria e improvisación oral. Sucede que ningún texto egipcio, pese a ser esta civilización la que inventa la Historia e inventa la escritura, ningún texto egipcio se transmite jamás con fidelidad. El copista crea: es como si el pianista crease y añadiese compases. De modo que cada copia tiene que ser valorada literariamente con criterios independientes. Es un caso, probablemente, de transición, un caso misto.

[AGC] — Sí, pero no es un caso exclusivo de Egipto. Eso pasa en más sitios. Gracias por la aportación. En la transcripción, en la copia sucesiva, se da también creación. Esto, por supuesto, es verdad. Aquellos de vosotros que os hayáis fijado en la Filología, o que os fijéis, sabéis muy bien que la crítica testual consiste precisamente en habérselas con esas variaciones que la copia sucesiva introduce. Pero estas alteraciones en la escritura, por supuesto, son algo distinto de aquello que decía de la creación en la ejecución como propio de la tradición oral. Evidentemente, está bien recordar que en la reescritura queda también, y queda también en la literatura, la posibilidad, más o menos amplia, de variantes, de variar en copias sucesivas, aunque nada más sea por el arte del tipógrafo, que mete alguna errata; no es mucho, pero bueno, por lo menos aquí ya, al introducirse una errata, el texto no es exactamente el mismo, ya ha cumplido un proceso parecido.

Tengo que recordaros, por tanto, que yo al hablar he empleado sin precisar «real», cuando os decía que no hay por qué distinguir entre las ideas que la gente se hace y la realidad que uno vive. Efectivamente, en la Realidad en sentido estricto, que es la Realidad histórica (no hay presentación más perfecta que la histórica), desde luego, las ideas se combaten en esa Realidad en nombre de esa Realidad ideal, la Realidad está hecha con ideas, consiste en una idea de sí misma; y si no hay ideas, es decir, significados de las palabras que los tengan, no se puede decir 'Realidad'. Si no hay esto, si no hay aplicación de significados de las palabras semánticas, no hay Realidad que valga: eso queda por debajo de la Realidad, bajo ella.

Y es justamente la no-Realidad la que estaba en el mito. Por ejemplo, ante una invasión, qué digo yo ahora, de colores, púrpuras sanguíneos, y de fragancias, y de olores, puedo estar seguro que por debajo de allí hay algo. Pero es aquello, es algo sub-real, es mítico, es recordado subconscientemente, pero desde luego, real no. La Realidad es pues necesariamente algo ideal; esto es otra cosa que, aunque sea dicho así a modo de esquema, también conviene no olvidar. De forma que, cuando antes decíamos, por ejemplo, a propósito de la poesía, que surge como un procedimiento de despertar lo otro, la recordación viva, estábamos diciendo, al mismo tiempo,

que era una forma de denunciar la falsedad de las cosas. Porque la Realidad, aparte de ser real, es necesariamente falsa. Si no hay falsificación, no hay real. La Realidad es esencialmente contradictoria, por tanto es lógicamente falsa; es necesariamente mentirosa, con todo lo real que pueda ser, y por tanto no tiene que ver nada con la verdad, a pesar de que en el lenguaje corriente empleamos los giros "en realidad" o "en verdad" como equivalentes. Pero, sin embargo, son cosas bien distintas. La una, la verdad, pertenece al reino del pensamiento, de la lógica, mientras que la otra pertenece a lo real, que se contrapone a lo verdadero.

Cualquier intento de recordar vivamente un sueño, cualquier intento de *hacer* poesía, no *decirla*, *hacerla*, tratándola de esa manera que he dicho, como un intento de recordación no histórica, de esa manera está luchando contra la Realidad, contra la idea; pues ya he dicho que la Realidad es necesariamente ideal. Tal vez os sorprenda un poco si añado que eso mismo es lo que hace la lógica desmandada, una lógica, una razón de la que llamo razón común (podría llamarla sentido común, a poco que me apurarais), una lógica que pretendiera no aplicarse a idea ninguna ni tener ninguna idea que defender, sino justamente ir detrás de la denuncia de la mentira, que es la única forma de verdad que a nosotros, entes históricos, nos toca, la denuncia de la mentira. Nos sorprende, porque uno está acostumbrado a considerar la razón, el razonamiento, la lógica, como algo opuesto totalmente a eso de la poesía. Pero ambos son, por lo pronto, dos ejercicios de lenguaje; y estamos viendo que tienen en común la denuncia de la Realidad.

A este propósito, quería hacer una recordación de un epigrama que primero habíamos puesto en la puerta de un instituto libre de Filología Antigua en Sevilla y después publiqué en un libro que no he vuelto a reeditar que se llamaba *Lalia*. En él se dice de una manera bastante clara esta contradicción: la Realidad está hecha por el lenguaje, puesto que está hecha por el significado de las palabras que lo tienen. Luego, en cambio, el lenguaje, sea por poesía, sea por lógica, viene a ser una denuncia.

*Las palabras, pues, camarada, cojámoslas y vayamos descuartizándolas una a una con amor, eso sí, ya que tenemos nombre de 'amigos-de-la-palabra';
pues ellas no tienen por cierto parte alguna en los males en que penamos día tras día, y luego por las noches nos revolvemos en sueños,
sino que son los hombres, malamente hombres, los que, esclavizados a las cosas o dinero, también como esclavas tienen en uso a las palabras.
Pero ellas, con todo, incorruptas y benignas; sí, es cierto que por ellas este orden o cosmos está tejido, engaños variopintos todo él;
pero si, analizándolas y soltándolas, las deja uno obrar como libres alguna vez en sentido inverso van destejendo sus propios engaños ellas,
tal como Penélope por el día apacentaba a los señores con esperanzas, pero a su vez de noche se tornaba hacia lo verdadero.*

[Público] — La Física, ¿es verdad o Realidad?

[AGC] — No: la Física es la Ciencia de la Realidad por excelencia. Todas las ciencias positivas son ciencias de la Realidad, pero la Física por excelencia; de modo que cuando en griego se titula un libro *Peri; fuvsew*" se puede tranquilamente, por anacronismo, decir *Acerca de la Realidad*¹.

¹ En consecuencia con esta observación, el autor tituló como *De la Realidad* su traducción del *De Rerum Natura*

[Público] — Pero no hace Historia...

[AGC] — Es la consagración. La Ciencia está para confirmar la fe del vulgo o masas de individuos en la Realidad, una fe o saber que a su vez se ha formado en parte por vulgarización de lo que los sacerdotes o sabedores pregonaban en lo alto. Ahora, el confirmar la Realidad implica, como fundamento que es de toda ella, confirmar el Tiempo real, el de los relojes y calendarios, que es la muerte del tiempo verdadero y sin número ni nombre; de manera que, aunque la Ciencia no haga Historia, ni la Historia llegue a ser tan Ciencia como la Física, ambas al menos colaboran en el mantenimiento de esa fe en el Tiempo sabido, que es el tiempo de la muerte siempre-futura.

II. LA CAÑA HUECA DE PROMETEO.

[Se habla del apuntar uno a sí mismo con el dedo señalando al centro del pecho. Entre medias hay alguien que cuenta el caso de un niño que se llamaba Hugo: le preguntan “¿Dónde está la luna?”, y la señala con el dedo; y luego “¿Dónde está Hugo?”, y se señala dentro de la boca: “Aquí”.]

Generalmente se ha venido creyendo que eso a lo mejor hacía referencia al corazón o algo de eso, y me di cuenta de que no, de que estaba apuntando al diafragma, es decir, al centro de emisión de la voz, el centro en que muchas tribus colocan el alma. En los intentos éstos, que no son sólo característicos de la cultura dominante, de darle al alma una realidad, una localización (porque lo uno va con lo otro), recuerdo que hay algunas tribus que justamente lo hacen en el diafragma, y otras en la laringe, es decir: siempre apuntando a órganos que en la situación real son los órganos de la fonación. Respecto a la laringe una vez me permití... en el mito de Prometeo, que antes hemos estado usando, como seguramente todos recordáis, en la contienda entre Prometeo, el titán, destituido pero que sigue siendo un titán, hermano de Epimeteo y amigo de los hombres, en la contienda contra el señor, contra Zeus, una de las cosas más conocidas es que, habiendo Zeus negado el fuego a los hombres (se supone, por tanto, que ha habido ya una civilización, que de alguna manera sabe que el origen de la civilización está en el fuego, en el uso del fuego), hasta el punto de ni siquiera herir a los robles con el rayo, que habría sido la ocasión para que los hombres aprovecharan y cogieran brasas para encender sus hogueras, Prometeo procede a robárselo: va al cielo y le roba el fuego a Zeus. Le roba el fuego y, en la versión hesiódica, y en otras varias, se lo lleva ejn koi'lw/ navrqhki, en una caña hueca. Se lo lleva escondido en una caña hueca, cosa que, de por sí, no parece el vehículo más propio para llevar fuego, pero que efectivamente así es: se lo lleva a los hombres. Ahí tenéis, claro, apenas disimulada, la laringe; de forma que es como si el propio Prometeo llevara el lenguaje en su garganta. Llevara el lenguaje en su garganta y se lo fuera de esa manera a enseñar a los hombres. Es una interpretación, como todas, sujeta a dudas, porque los mitos están para oírlos no de una manera, sino de múltiples, y dejar que esas múltiples maneras en que se los oye puedan o casar entre sí o pelearse entre sí, pero tratar de oírlos

todas. Eso es algo que está implicado en nuestra constante recomendación metódica que es dejarse hablar en lugar de hablar uno: está implicada la de dejarse oír, por supuesto, y con respecto a las formulaciones que más o menos vienen de abajo, del pueblo, de una tradición que se hunde atrás de la Historia, esta recomendación de dejarse oír es donde rige con más rigor, con más pertinencia, dejarse oír el MU que viene de antes de la Historia.

[Público] — Es a raíz de esto último que has dicho tú, porque hasta el día de hoy yo había pensado que, cuando tú utilizabas el término de dejarse oír, hacías referencia a (creo que fue Lacan quien lo dijo) que aquello que era importante en el hombre, no era el hombre que hablaba ni lo que decía el hombre, sino aquello que hablaba dentro del hombre.

[AGC] — Sí, tiene que ver. Muy pertinente. Yo no recordaba el texto de Lacan, pero, entre los muchos juegos que el viejo profesor hacía, pues también, lo mismo que a los que narran los mitos, se le podía escapar alguna cosa como ésa, de sentido común, de mero sentido común: es lo que en uno habla lo que importa de cuando uno habla.

III. DE HALLARSE FUERA DE LA HISTORIA

En este librito de líricas ferroviarias hay la que aquí hice imprimir como número 25, que os voy a leer:

*Cuando no ponen furgón de cola
y que tú en la plataforma del último vagón
a lo que huye te asomas,
un nuevo servicio del ferrocarril
tan de gracia se te otorga.
¡Pongan atención!,
que voy a decir de otra
manera la teoría de la relatividad,
aquélla del sabio de las canas locas,
que tantos trenes se le entrecruzaban
dentro de la chola.
A saber: que si la vista la centras,
o casi toda,
en el alejarse de los raíles que por bajo
paralelamente se arrojan
y en los postes y cunetas
que de cerca la vía bordan,
entonces, por contra,
ves con el resto de los ojos
que las nubes allá redondas
y las casas lejanas
y las puentes remotas
te siguen, te siguen,
y se te acercan animosas:*

*cuanto más lejanas quedan,
más parece que retornan.
La huida real de lo inmediato,
señores y señoras,
parece ser la condición
de la ganancia aparente
de la pérdida de las cosas.*

Ése era el poemilla, y como tal vez requiere que, para nuestro aprovechamiento en la tertulia, se le hagan glosas, que intenten ver qué es a nuestro propósito lo que dice, pues a ello paso un momento antes de daros la palabra... trato de glosaros la cuestión: (no sé si alguno tiene una experiencia semejante y puede apoyar o rebatir la que en el poema se utiliza: en esa situación excepcional en que se puede asomarse en un tren para atrás —hace poco se me dio otra vez la ocasión de renovar la experiencia, a pesar de que no haya ya furgones de cola como los que dicen en el poema, pero como resulta que el tren...): se trata de que, bueno, aquí a lo que se llama ojos o vista queda evidentemente dividido: se piensa que la atención mayoritaria, la mayor parte de los ojos, en ese caso se deciden a mirar, recoger, lo más inmediato, lo que pasa más cerca: los propios raíles y balastos escurriéndose por debajo del tren, saliendo de debajo del tren a toda velocidad y todos los demás elementos de cercanía, y, como eso no agota los ojos al parecer, uno, de todas formas, siente, pero con otra vista, eso que en el poema se dice: que las cosas más lejanas, no sólo no se alejan, sino que dan la impresión de echársete encima, de venirse cada vez más cerca: los montes, las chozas en el alto de los montes, los árboles que van quedando lejos... Si alguno tiene la intención de decirme que estas cosas son subjetivas, que me lo diga después si quiere pero tampoco voy a hacer mucho caso, porque no creo mucho en la diferencia entre esas cosas que ellos dicen de la subjetividad y la objetividad; maldigo de las dos por igual, de manera que no puedo detenerme mucho a hacer distingos. Esto quiere decir que hay esta posibilidad de que, efectivamente, el centrarse en lo más inmediato de eso que se llama paso del tiempo, paso de la vida, centrarse y sentirlo con toda la inmediatez posible, pueda acarrear consigo un efecto paradójico semejante, es decir, que los tiempos que en la visión de la Historia quedan condenados a una lejanía prehistórica y más que prehistórica todavía, se vuelvan cada vez más cerca, se le echen a uno encima: ése es el sentido que pienso que puede tener la cosa. Hay que prevenir fáciles y torpes maneras de entenderlo; porque uno puede pensar que eso de atender a lo inmediato quiere decir atender a los negocios inmediatos, que es lo que se hace, y pensar qué voy a hacer esta tarde y que al entrar en el piso voy a poner el televisor. Evidentemente esa es una inmediatez muy escasa: aquí se está apelando a una inmediatez mucho más inmediata, que no implica ninguna forma de proyecto o proyección a un futuro ni siquiera muy próximo, porque entonces eso no vale nada; eso es la vida corriente a la que estamos condenados, que está hecha de futuros largos - como por ejemplo cuando me case o cuando me saque la oposición o cuando me jubile-, futuros cortos como éstos de si podré encender el televisor cuando entre en el piso, o si voy a encontrar sitio para aparcar el bicho, el popó. De manera que no es eso, sino por el contrario: algo que no implica ninguna forma de proyecto, ni siquiera muy cercano, ni tampoco lejano, que no implica cosas que se van a hacer con la vida, con los días o con las horas o los minutos de uno, que no implica nada de eso. Se apela, frente a ello, a una inmediatez, que surgiría precisamente como sensación en el momento en que se hubiera prescindido de todas esas proyecciones. Entonces es como si uno de verdad sintiera -aunque la metáfora no me gusta

mucho- correr el tiempo, lo sintiera correr o lo sintiera fluir. Eso es a lo que se apela con la, más que visión, sensación inmediata de lo que está pasando.

Puedo hacer un paréntesis para hacer constar que algunas de las artes que se llaman temporales, de vez en cuando, por principio, justamente se dedican a ayudarnos a eso, a procurar esa sensación. El propio cultivo del ritmo, el ejercicio del ritmo en música o en poesía - cuando la poesía tenía esas condiciones del ritmo del silabeo en la mera recitación- parece que va en ese sentido, como si dijera: con eso de contar los minutos y pensar lo que vas a hacer mañana o dentro de una hora, tú no te das cuenta de lo que está pasando. Pues (¡entérate!) está pasando eso. Te lo hace sentir por medio del ritmo, que es de alguna manera contable (cualquier poeta, cualquier músico lo sabe), pero no es exactamente proyectable o previsible, como las otras cosas que os he dicho antes. De forma que los grandes desarrollos de las artes poéticas, como el del teatro sobre todo, debían estar dedicadas a lo mismo. Es decir: ahí el ritmo no sólo es el ritmo del silabeo, sino, a partir de él, el ritmo de los pasos, de los gestos todos medidos, de las acciones, de las entradas y salidas y todo el ritmo del drama. Todo como destinado a decirle al espectador: es que no te das cuenta de lo que te está pasando; y no te das cuenta precisamente porque te crees que sí; porque te crees que sí en la vida corriente, y reduces tu vida a esa composición de tramos sucesivos que el calendario y el reloj pueden contarte; pero es mentira: te está pasando, mucho más de verdad, algo. De forma que es también algo paradójico, pero razonable: la esageración (podríamos decir disciplinaria, militar) que el ritmo de la música y cualquier otro ritmo medido exige, paradójicamente implica la posibilidad de despertar esa sensación verdadera, no distraída con futuros ni con proyectos, de lo que está pasando. De manera que a eso -ayudando o no las artes poéticas o musicales- aludía lo de sentir de inmediato, aquello que en la imagen del tren consistía en fijar ahincadamente los ojos en el balastro y los raíles, y por tanto, desde el punto de vista realista, no ver nada, y precisamente en el no ver nada poder recoger algo de esa sensación.

Bueno, pues si seguimos el poema que habéis oído, eso debe traer consigo la consecuencia paradójica de que se nos acerca y amenaza con echársenos encima lo más lejano. Lo más lejano quiere decir también, exagerando hasta el extremo, lo muy lejano. ¿Qué quiere decir lo muy lejano? Quiere decir lo tan lejano que ya no se puede contar con las fechas de la historia, que ya de alguna manera se sale de todos los calendarios -que como sabéis no remontan a tanto, remontan a unos diez mil años más o menos, desde que empezó la Historia propiamente dicha, desde la escritura-, y nos puede hacer acercar lo que está mucho más lejos que eso. De forma que esa es la paradoja que se nos propone y que propongo como, sí, paradójica, pero creo que muy fiel a algo verdadero que nos está pasando o nos puede pasar. Lo uno y lo otro, que parecen las cosas más opuestas, vienen a ser en cierto modo lo mismo. El sentir lo que ahora mismo está pasando y el ser capaz de recobrar una sensación de lo prehistórico, de lo más lejano, vienen a ser lo mismo en cuanto que están contra lo mismo. Ésa es la primera señal de acercamiento: lo uno y lo otro está contra la realidad, ésa es la cuestión. Todo eso que llamamos Realidad y contra lo que aquí estamos luchando está justamente hecho de relojes y calendarios; para que haya los cuales tiene que haber ideas, por supuesto, ideas definidas de las cosas, que por tanto sólo entonces pueden contarse en número, y, entre las cosas, en último extremo o en primero, los ratos del pasado, reducidos ya a tiempo computable en relojes o calendarios. Así está hecha la Realidad; y por tanto, la Realidad misma y el régimen que la sostiene y al que ella sostiene, se opondrán constantemente a lo uno y a lo otro

a la vez. Se os opondrán constantemente a que sintáis de veras lo que está pasando. Los intentos que antes he citado de algún caso de las artes temporales son justamente la excepción: allí, a pesar de todo, algo de lo vivo, de lo pueblo, estalla y quiere, desea, sufre la tentación de sentir, de veras, y esto va contra el orden: ningún régimen puede recomendarlo. Lo que el régimen quiere no es que se sienta qué es lo que a uno le está pasando, sino que lo sepa, que se haga cargo de ello, que se haga responsable en cierto sentido, que lo convierta en cumpleaños y en proyecto de futuro. Esa es la orden; y por tanto, cualquier tentación de sentir lo inmediato, sin intervención del tiempo, sin reloj y calendario, eso va contra el orden, no cabe duda. Y va contra el orden eso de recobrar la sensación de lo perdido, de lo perdido desde antes de la Historia (del Hombre o de uno, eso no hace falta añadirlo). Va contra el orden porque, si el régimen pudiera, con la Ciencia a su servicio, habría declarado que la Historia es todo el tiempo que hay y no hay más tiempo que el de la Historia (eso para empezar): en el viejo régimen, por supuesto, cuando la cultura era la Iglesia y no había más, sus teólogos bien que lo procuraban cuando ponían el comienzo del mundo en el año cuatro mil... a ver si lo recordáis cómo era el comienzo del mundo según la teología judaica más bien cristiana 5.781 o setenta y tantos, sí: cuatro mil y pico yo decía desde Cristo, cinco mil y pico desde ahora. De manera que bien que lo procuraba: así estaba todo arreglado. Con el Progreso, pues pasan esas cosas paradójicas del Progreso: que, efectivamente, hay nuevos descubrimientos que estropean la Teología o Ciencia anterior, que la desbaratan y que obligan a reconstruirla con otras nociones, sobre otras bases, no para que venga a decir la verdad, sino para que siga diciendo la mentira de maneras más eficaces, como corresponden a los tiempos. Pero por eso, por el hecho de que la Ciencia misma tenga que reconocer que antes de esos diez mil años ha habido por lo menos unos quinientos mil que había gente por la tierra, hablando, o que la Ciencia tenga que reconocer que muchos millones antes de se había empezado a desarrollar eso que se llama la Vida, y que la Ciencia tenga que hacer retroceder el Primer Estallido hasta todos los millones de millones que sean precisos, ¿quiere decir con esto que nos hayamos salido del cuadro? Pues no. La imaginación científica de la prehistoria es histórica y no puede ser otra cosa. Es decir, que gracias a la Ciencia lo que conseguimos es que se cuenten las cosas de antes de la historia a partir de la Historia y según el modelo de la Historia; de ninguna otra manera que nos permita sentir nada de eso de lo perdido o de lo prehistórico: lo Prehistórico es histórico. Y a la pobre tierra le hacen lo mismo que a los hombres; porque, una vez que hay una Historia de la Humanidad, un Historia de la Vida, pues ¿por qué no va a haber una Historia de la Tierra, una Geología que sea esencialmente histórica? Y así el resto del mundo; y así una y otra vez se ven obligados a establecer el momento de la Creación, pretendidamente computable, en millones de millones, por tanto, dentro de la historia. Como si estuviera ya sometido al calendario y al reloj (incluso algunos fantasiosos tratan de distinguir milésimas de segundo desde el Big Bang y cómo se van desarrollando algunos de los procesos. Esto es una cosa un poco caricaturesca pero reveladora; reveladora de lo que estoy diciendo más en general sobre la Ciencia como heredera de la Religión y la verdadera religión que hoy padecemos). De manera que esto es contra el orden también: dejar que por afán de sentir lo inmediato se nos acerque alguna sensación de lo verdaderamente prehistórico, de lo verdaderamente perdido, esto también es contra el orden. Las dos cosas van contra esta estructura esencial de la Realidad, que está hecha, por supuesto, de ideas: la Realidad es ideal. Quiero recordar entre paréntesis que no hay una Realidad común, sino solamente realidades tribales, porque la realidad está hecha con el vocabulario de palabras con significado de cada lengua, y las lenguas no coinciden en su vocabulario, aunque coincidan en otras cosas. Lo que pasa es que, con el

Progreso, la tribu dominante, ésta en la que estamos metidos, la del Primer Mundo o Régimen del Bienestar, pues da la impresión como si fuera la única tribu, y por tanto, su realidad la única realidad, y todas las demás están hace mucho tiempo sometidas. Y lo que al principio recordaba de cómo los herederos de cualesquiera otras de éstas que llaman culturas tienen que contar los años a partir del nacimiento de Cristo, pues es revelador, y tienen que tener los mismos relojes todos y los mismos calendarios todos, de manera que lo que hace más dañosa a esta realidad del régimen que padecemos es que se quiera hacer pasar, de la manera más eficaz, como la única. Todas las otras están sometidas: el vocabulario semántico de las lenguas que antes llamaban occidentales [se ha impuesto como la Realidad sola y única.]

La Religión se ha dedicado desde el comienzo de la Historia precisamente a eso, a machacar al pueblo por medio de la fe en una realidad, por tanto en un reloj y en un calendario. Sólo que a nosotros nos ha tocado vivirlo en su pleno florecimiento, en su culminación, y así ésta de la Ciencia es la religión más difícil de denunciar; pero simplemente difícil, como estáis oyendo, no imposible. No imposible gracias a eso de que nunca estamos bien hechos del todo, o, dicho en un lenguaje aún más coloquial, que nunca nos lo acabamos de creer, nunca nos lo acabamos de tragar, nunca nos lo creemos del todo, nos queda algo por lo bajo que nos dice NO y gracias a eso podemos seguir aquí intentando hablar o hacer algo.

[Público] — Se me ocurre algo: una manera de escapar a la realidad muy efectiva es ésa que cuenta Proust en *En busca del tiempo perdido* de que al comer una magdalena o al pisar un pavimento... entonces le llega una noción muy viva de una especie de felicidad o noción de lo que fue o algo así Y yo tengo algo parecido: en Madrid he pasado por alguna casa antigua y me olía a leña quemada, y a mí me dio esa sensación de una especie de felicidad de entrar en contacto con algo que está dentro de mí, que no tiene nombre, que es felicidad, que soy yo pero que no tiene nombre, y que parece que apunta a eso que dices.

[AGC] — Sí, pero sin embargo tiende a interpretarse como un recuerdo de cuando en la niñez se comió una magdalena, o cuando, en tu caso, pasaste por alguna casa, por algún sitio, pero es un recuerdo antihistórico, es la vuelta a lo lejano. Sí, tienes razón en sacar esto, porque yo antes, al hablar de las artes temporales, me he centrado en el ritmo, que era lo más inmediato, pero no hay que olvidar que la poesía, cuando había poesía en el mundo, tenía también estas virtudes de que, utilizando el lenguaje, los significados de una lengua determinada, de una tribu, de un idioma, sin embargo al hacerlos chocar producía algunas concepciones imposibles de concebir y por tanto, de esa manera, infería una cierta herida a las ideas de la realidad, a las ideas constitutivas de la realidad; despertaba, al hacer chocar realidades de las **aprendidas (¿)**, una impresión neta de la falsedad de esas realidades, y por tanto sugería, de esa manera necesariamente indefinida, vaga, alguna otra cosa que no era de este mundo.

[Pregunta que no se oye muy bien acerca de los sentimientos y sensaciones más profundos que están asociados a cosas del pasado en la memoria]

[AGC] — ¿De la Historia o de la nuestra?

[Público] — No: de la nuestra, de nuestra vida.

[AGC] — Creo que el mecanismo que he tratado de explicar, valga para lo que valga, creo que está bien claro: no sólo no cuenta con ningún pasado de cumpleaños o de historia, sino que está directamente contra él. Es decir: he tratado por medio del ferrocarril de suponer que quien se queda prendido a ver salir disparado por debajo del tren el balastro y los raíles, ése no está viendo ni futuro ni pasado ninguno, está verdaderamente sintiendo algo de lo inmediato, del pasar. Es decir que esto, que luego por otra parte me sugerís que puede acarrear ese acercamiento de las cosas más lejanas, de antes de la Historia, este mecanismo, lo uno y lo otro, va contra la Realidad, por tanto, contra el pasado histórico de uno, contra la concepción de su propia vida como una vida, contra la concepción de la Historia misma, contra la concepción de la Realidad.